



SUMARIO

<i>Al correr los años</i> , por Miguel de Unamuno	3
<i>Las potencias impotentes</i> , por Leopoldo Lugones ..	14
<i>Elegías</i> , por Eduardo Marquina	30
<i>Hombres y pájaros</i> , por Rubén Darío	39
<i>Hay que enamorarla</i> , por Eduardo Talero	51
<i>La rehabilitación del trabajo y Reflexiones</i> , por Rafael Barrett	61

COLECCIÓN ARIEL

San José de Costa Rica, Noviembre de 1913

Imprenta Alsina. MURRAY Y Cía.

AL CORRER LOS AÑOS

*Eheu, fugaces. Postume,
Postumè, labuntur anni...—1*
HORACIO, *Odas 11, 14.*

EL lugar común de la filosofía moral y de la lírica que con más insistencia aparece, es el de cómo se va el tiempo, de cómo se hunden los años en la eternidad de lo pasado.

Todos los hombres descubren a cierta edad que se van haciendo viejos, así como descubrimos todos cada año—¡oh, portento de observación!—que empiezan a alargarse los días al entrar en una estación de él, y que al entrar en la opuesta, seis meses después, empiezan a acortarse.

Esto de cómo se va el tiempo sin remedio y de cómo en su andar lo deforma y transforma todo, es meditación para los días todos del año; pero parece que los hombres

¹ Cuán fugaces ¡ay! Postumo, Postumo, resbalan los años...

hemos consagrado a ella en especial el último de él, y el primero del año siguiente, o cómo se viene el tiempo. Y se viene como se va, sin sentirlo. Y basta de perogrulladas.

¿Somos los mismos de hace dos, ocho, veinte años?

Venga el cuento.

* * *

Juan y Juana se casaron después de largo noviazgo, que les permitió conocerse, y más bien que conocerse, hacerse el uno al otro. Conocerse no, porque dos novios, lo que no se conocen en ocho días no se conocen tampoco en ocho años, y el tiempo no hace sino echarles sobre los ojos un velo—el denso velo del cariño—para que no se descubran mutuamente los defectos o, más bien, se los convierten a los encantados ojos en virtudes.

Juan y Juana se casaron después de un largo noviazgo y fué como continuación de éste su matrimonio.

La pasión se les quemó como mirra en los trasportes de la luna de miel, y les quedó lo que entre las cenizas de la pasión queda

y vale mucho más que ella: la ternura. Y la ternura en forma de sentimiento de la convivencia.

Siempre tardan los esposos en hacerse dos en una carne, como el Cristo dijo (Marcos X, 8). Mas cuando llegan a esto, coronación de la ternura de convivencia, la carne de la mujer no enciende la carne del hombre, aunque ésta de suyo se encienda; pero también, si cortan entonces la carne de ella, duélele a él como si la propia carne le cortasen. Y este es el colmo de la convivencia, de vivir dos en uno y de una misma vida. Hasta el amor, el puro amor, acaba casi por desaparecer. Amar a la mujer propia se convierte en amarse a sí mismo, en amor propio, y esto está fuera de precepto; pues si se nos dijo «ama a tu prójimo como a ti mismo», es por suponer que cada uno, sin precepto, a sí mismo se ama.

Llegaron pronto Juan y Juana a la ternura de convivencia, para la que su largo noviciado al matrimonio les preparara. Y a las veces, por entre la tibieza de la ternura, asomaban llamaradas del calor de la pasión.

Y así corrían los días.

Corrían y Juan se amohinaba e impacientaba en sí al no observar señales del fruto

esperado. ¿Sería él menos hombre que otros hombres a quienes por tan poco hombres tuviera? Y no os sorprenda esta consideración de Juan, porque en su tierra, donde corre sangre semítica, hay un sentimiento demasiado carnal de la virilidad. Y secretamente, sin decírselo el uno al otro, Juan y Juana sentían cada uno cierto recelo hacia el otro, a quien culpaban de la presunta frustración de la esperanza matrimonial.

Por fin, un día Juana le dijo algo al oído a Juan—aunque estaban solos y muy lejos de toda otra persona, pero es que en casos tales se juega al secreto—, y el abrazo de Juan a Juana fué el más apretado y el más caluroso de cuantos abrazos hasta entonces le había dado. Por fin, la convivencia triunfaba hasta en la carne, trayendo a ella una nueva vida.

Y vino el primer hijo, la novedad, el milagro. A Juan le parecía casi imposible que aquello, salido de su mujer, viviese, y más de una noche, al volver a casa, inclinó su oído sobre la cabecita del niño, que en su cuna dormía, para oír si respiraba. Y se pasaba largos ratos con el libro abierto delante, mirando a Juana cómo daba la leche de su pecho a Juanito.

Y corrieron dos años y vino otro hijo, que fué hija—pero, señor, cuando se habla de masculinos y femeninos, ¿por qué se ha de aplicar a ambos aquél género y no éste? —y se llamó Juanita, y ya no le pareció a Juan, su padre, tan milagroso, aunque tan doloroso le tembló al darlo a luz a Juana, su madre.

Y corrieron años, y vino otro, y luego otro, y más después otro, y Juan y Juana se fueron cargando de hijos. Y Juan sólo sabía el día del natalicio del primero, y en cuanto a los demás, ni siquiera hacía qué mes habían nacido. Pero Juana, su madre, como los contaba por dolores, podía situarlos en el tiempo. Porque siempre guardamos en la memoria mucho mejor las fechas de los dolores y desgracias que no las de los placeres y venturas. Los hitos de la vida son dolorosos más que placenteros.

Y en este correr de años y venir de hijos, Juana se había convertido de una doncella fresca y esbelta en una matrona otoñal cargada de carnes, acaso en exceso. Sus líneas se habían deformado en grande, la flor de la juventud se le había ajado. Era todavía hermosa, pero no era bonita ya. Y su hermosura era ya más para el corazón que para

los ojos. Era una hermosura de recuerdos, no ya de esperanzas.

Y Juana fué notando que a su hombre Juan se le iba modificando el carácter según los años sobre él pasaban, y hasta la ternura de la convivencia se le iba entibiando. Cada vez eran más raras aquellas llamardas de pasión que en los primeros años de hogar estallaban de cuando en cuando de entre los rescoldos de la ternura. Ya no quedaba sino ternura.

Y la ternura pura se confunde a las veces casi con el agradecimiento, y hasta confina con la piedad. Ya a Juana los besos de Juan, su hombre, le parecían, más que besos a su mujer, besos a la madre de sus hijos, besos empapados en gratitud por habérselos dado tan hermosos y buenos, besos empapados acaso en piedad por sentirla declinar en la vida. Y no hay amor verdadero y hondo, como era el amor de Juana a Juan, que se satisfaga con agradecimiento ni con piedad. El amor no quiere ser agradecido ni quiere ser compadecido. El amor quiere ser amado porque sí, y no por razón alguna, por noble que ésta sea.

Pero Juana tenía ojos y tenía espejo por una parte, y tenía, por otra, a sus hijos. Y

tenía, además, fe en su marido y respeto a él. Y tenía, sobre todo, la ternura que todo lo allana.

Mas creyó notar preocupado y mustio a su Juan, y a la vez que mustio y preocupado, excitado. Parecía como si una nueva juventud le agitara la sangre en las venas. Era como si al empezar su otoño, un veranillo de San Martín hiciera brotar en él flores tardías que habría de helar el invierno.

Juan estaba, sí, mustio; Juan buscaba la soledad; Juan parecía pensar en cosas lejanas cuando su Juana le hablaba de cerca; Juan andaba distraído. Juana dió en observarle y meditar, más con el corazón que con la cabeza, y acabó por descubrir lo que toda mujer acaba por descubrir siempre que fía la inquisición al corazón y no a la cabeza: descubrió que Juan andaba enamorado. No cabía duda alguna de ello.

Y redobló Juana de cariño y de ternura y abrazaba a su Juan como para defenderlo de una enemiga invisible, como para protegerlo de una mala tentación, de un pensamiento malo. Y Juan, medio adivinando el sentido de aquellos abrazos de renovada pasión, se dejaba querer y redoblaba ternura, agradecimiento y piedad, hasta lograr rea-

vivar la casi extinguida llama de la pasión que del todo es inextinguible. Y había entre Juan y Juana un secreto patente a ambos, un secreto en secreto confesado.

Y Juana empezó a acechar discretamente a su Juan buscando el objeto de la nueva pasión. Y no lo hallaba. ¿A quien, que no fuese ella, amaría Juan?

Hasta que un día, y cuando él, y donde él, su Juan, menos lo sospechaba, lo sorprendió, sin que él se percatara de ello, besando un retrato. Y se retiró angustiada, pero resuelta a saber de quien era el retrato. Y fué desde aquel día una labor astuta, callada y paciente, siempre tras el misterioso retrato, guardándose la angustia, redoblando de pasión, de abrazos protectores.

¡Por fin! Por fin un día aquel hombre prevenido y cauto, aquel hombre tan astuto y tan sobre sí siempre, dejó—¿sería adrede?—, dejó al descuido la cartera en que guardaba el retrato. Y Juana, temblorosa, oyendo las llamadas de su propio corazón que le advertía, llena de curiosidad, de celos, de compasión, de miedo y de vergüenza, echó mano a la cartera. Allí, allí estaba el retrato; sí, era aquél, aquél, el mismo, lo recordaba bien. Ella no lo vió sino por el revés

cuando su Juan lo besaba apasionado, pero aquel mismo revés, aquel mismo que estaba entonces viendo.

Se detuvo un momento, dejó la cartera, fue a la puerta, escuchó un rato y luego la cerró. Y agarró el retrato, le dió vuelta y clavó en él los ojos.

Juana quedó atónita, pálida primero y encendida de rubor después; dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos al retrato y luego las empujó besándolo. Aquel retrato era un retrato de ella, de ella misma, sólo que... ¡ay, Póstumo, cuán fugaces corren los años! Era un retrato de ella cuando tenía veintitrés años, meses antes de casarse, era un retrato que Juana dió a su Juan cuando eran novios.

Y ante el retrato resurgió a sus ojos todo aquel pasado de pasión, cuando Juan no tenía una sola cana y era ella esbelta y fresca como un pimpollo.

¿Sintió Juana celos de sí misma? O mejor, ¿sintió la Juana de los cuarenta y cinco años celos de la Juana de los veintitrés, de su otra Juana? No, sino que sintió compasión de sí misma, y con ella, ternura, y con la ternura, cariño.

Y tomó el retrato y se lo guardó en el seno.

Cuando Juan se encontró sin el retrato en la cartera receló algo y se mostró inquieto.

Era una noche de invierno y Juan y Juana, acostados ya los hijos, se encontraban solos junto al fuego del hogar; Juan leía un libro; Juana hacía labor. De pronto Juana dijo a Juan:

—Oye, Juan, tengo algo que decirte.

—Dí, Juana, lo que quieras.

Como los enamorados, gustaban de repetirse uno a otro el nombre.

—Tú, Juan, guardas un secreto.

—¿Yo? ¡No!

—Te digo que sí, Juan.

—Te digo que no, Juana.

—Te lo he sorprendido, así es que no me lo niegues, Juan.

—Pues, si es así, descúbremelo.

Entonces Juana sacó el retrato, y alargándoselo a Juan, le dijo con lágrimas en la voz:

—Anda, toma y bésalo, bésalo cuanto quieras, pero no a escondidas.

Juan se puso encarnado, y apenas re-
puesto de la emoción de sorpresa, tomó el retrato, lo echó al fuego y acercándose a Juana y tomándola en sus brazos y sentán-

doía sobre sus rodillas, que temblaban, le dió un largo y apretado beso en la boca, un beso en que de la plenitud de la ternura refloreció la pasión primera. Y sintiendo sobre sí el dulce peso de aquella fuente de vida, de donde habían para él brotado con nueve hijos más de veinte años de dicha reposada, le dijo:

—A él no, que es cosa muerta y lo muer-
to al fuego; a él no, sino a ti, a ti, mi Ju-
ana, mi vida, a ti que estás viva y me has
dado vida, a ti.

Y Juana, temblando de amor sobre las
rodillas de su Juan, se sintió volver a los
veintitrés años, a los años del retrato que
ardía calentándolos con su fuego.

Y la paz de la ternura sosegada volvió a
reinar en el hogar de Juan y Juana.

Miguel de Unamuno

(Del volumen *El espejo de la muerte*).

LAS POTENCIAS IMPOTENTES

París, setiembre de 1913

CUANDO estalló la guerra balcánica cometí en estas mismas columnas el error periodístico de vaticinar sus consecuencias ante la política internacional, cuyos ejecutores y víctimas son los pueblos europeos, cada vez más esclavos de la banca y del militarismo; y fué aquel un error, porque el problema ofrecía tal complejidad en su planteo, que todo intento de adelantar un resultado semejaba temeraria ventura. No quiero, pues, alabarme fácilmente, de algo que si no salió bien por casualidad débese a su propia sencillez; desde que todo consistió en apreciar una vez más, con criterio filosófico, la impotencia de los gobiernos para el bien, y su correlativa tremenda eficacia para el mal. Nadie ignora que el ideal posible para los pueblos consiste en que los gobiernos no hagan daño; de tal manera estas cualidades cada vez más anacrónicas,

representan la supervivencia de una barbarie ancestral cuyo agente es el militarismo.

Basado en tales premisas, hube de afirmar cuando la guerra comenzaba, que a pesar de su alardeado interés por la paz, las potencias no evitarían el conflicto. Éste era, en suma, un reflejo de sus propias rivalidades, así como una colosal empresa del capitalismo cuyos obsecuentes servidores son los gobiernos, quiéranlo o no, puesto que el capitalismo tiene la incontrastable facultad de hacer y deshacer gobiernos. Bastaba ver que por una parte estaban frente a frente las grandes fábricas de armas cuyos clientes respectivos eran los turcos y los aliados; mientras por la otra, jugaban también respectivamente sus comodines la triple alianza y la triple entente. Los intereses dinásticos de los aliados formaban parte secundaria de tan vasta combinación; pues en la sociedad de las grandes fieras, los débiles no pueden tener en el mejor de los casos, más compensación que una subalterna comensalía. Quedaba, por último, la razón histórica de los pueblos, su derecho nunca renunciado contra la conquista; pero este elemento dignificador de la empresa guerrera, este valor espiritual calificado por

el término «cristianismo», no era sino la fuerza propulsora con la cual se cuenta para excitar a las masas. Efectuada la sangrienta vendimia, pudimos ver cómo aprecia la política de los amos aquel valor; pues no solamente para nada tuvo en vista la muy cristiana razón histórica de pueblos como Servia, sino que Italia, el país del Papa, y Austria, el imperio ultramontano, resultaron dedicadísimos inventores del nuevo reino musulmán de Albania, que ha de prorrogar en Europa la soberanía de los sultanes; y esto, sin protesta alguna de los católicos italianos y austriacos, incluso la misma curia romana, aun cuando la expulsión de los turcos, y el consiguiente reintegro del cristianismo europeo en los usurpados dominios del infiel, haya constituido el voto secular de sus letanías.

Conociendo de sobra, pues para nadie eran un misterio, los intereses encontrados de las potencias cuyos arreglos y desarreglos posteriores exhibieron el cinismo más repugnante, así como los bandidos sin policía no tienen interés en ocultar su juego, los gobiernos balcánicos decidieron aprovechar tan preciosa coyuntura para despacharse como lo entendieran mejor. El ne-

gocio de la guerra esa demasiado proficuo, para que las potencias se dedicaran de buena fe a contenerlo; y sus resultados asaz tentadores, para que ellas no se estorbaran entre sí al efectuarse el reparto, posibilitando de este modo, indirecta, pero eficazmente la participación de los débiles. Mi conclusión fué, pues, explícita. Las potencias no evitarán la guerra, y los aliados obrarán como mejor se les antoje. Lección útil, añadí, para los conflictos que puedan presentársenos, así como para la fe que han de merecernos las zalamerías de los fuertes.

Los hechos sobrepasaron mis más arriesgadas conjeturas.

Así, el pequeño Montenegro desobedeció a las potencias cuando lo creyó necesario, no obstante las recriminaciones y las amenazas. Y ahora último, la misma Turquía, atropellando el tratado garantizado en Londres por las potencias, reocupa Andrinópolis, no bien puede, sin que los poderosos garantizadores ensayen nada para efectuar su garantía. Las potencias notificaron a los aliados, cuando empezó la guerra, que de ningún modo permitirían la violación del «statu quo» convenido por el tratado de Berlín. Los aliados lo destruyeron en quin-

ce días. Entonces se apeló a las consabidas declaraciones «para evitar la efusión de sangre» y limitar los efectos de la guerra a la expulsión de los turcos. Puesto que «la fatalidad» nos ha traído este azote, hicieron decir aquellos políticos con su prensa, limitémoslo a la liquidación de las seculares reivindicaciones que comporta, y reduzcamos su duración a un par de meses. La duración del conflicto excedió los cálculos más pesimistas; en vez de una sola guerra, hubo dos; y la famosa cuestión de Oriente, que pudo, en efecto, quedar resuelta, sólo con aceptar en justicia y en verdad aquellas reivindicaciones, al fin sustentadas con heroicos sacrificios, subsiste a causa de las potencias, más embrollada, más peligrosa aun, en cuanto resulta más ocasionada al desequilibrio por su artificio también mayor. La constitución del reino de Albania, y el recobro de Andrinópolis por los turcos, son la simiente maldita.

La segunda guerra, o sea el fracaso de la alianza que iba a constituir en los Balcanes otra gran potencia, también habíala previsto la sencilla lógica de mi razonamiento. El peligro de la alianza, dije, así como el perjuicio de los pueblos lanzados a la gue-

rra, estriba en que los gobiernos balcánicos imitarán el mal ejemplo de las grandes potencias adoptando el positivismo sin escrúpulos, el utilitarismo brutal que caracteriza la política de estas últimas; todo ello estimulado todavía por los rencores intestinos que estudié como antecedente histórico y que ayudaron poderosamente a desencadenar el último conflicto. El gobierno búlgaro, que era el más fuerte, inició esa política de pillaje contra sus propios aliados en el sacrificio y en la victoria; lo cual demuestra el valor asignado por los gobiernos a estas palabras, con las cuales provocan el entusiasmo ingenuo de las masas cuando es menester negociar con su sangre o con su dinero. La moraleja del acontecimiento resulta elocuente, si se considera que esa misma conducta es «política internacional» cuando la observan los gobiernos, con honra y provecho para sus autores; mientras el particular movido por ella, es un bandido a quien la misma autoridad inflige el cadalso y el baldón. Bien vistas las cosas, este último tiene todavía en su favor el riesgo de la vida jugada. La libertad de que abusa cómprala con su sangre, que es el precio exigido por la política de las po-

tencias para reconocer en los pueblos débiles el derecho a tamaño bien; mientras el ministro que fundamentalmente hace lo propio, causando, en la práctica, daños mucho mayores, opera desde su mullido gabinete, con la respetada seguridad del amo, y calculando todavía la utilidad que sacará su corredor en las alzas y en las bajas...

Nada patentiza con nitidez mayor la monstruosa inquietud que divide al mundo en amos y siervos. Aquéllos, que no lo son, sino porque explotan a éstos, y sólo con explotarlos mantienen su condición superior, nada pueden hacer para aliviarlos: constituyendo dicha explotación la inexorable ley de una máquina espantosa en la cual unos y otros son piezas no menos inexorablemente sometidas al movimiento general.

Por esto, la intervención de las potencias no pudo causar bien alguno, y en cambio multiplicó los males con perjuicio de vencidos y de vencedores: vale decir, de los pueblos desangrados, esquilados, defraudados en sus esperanzas más generosas, para el provecho exclusivo de unos cuantos políticos y agiotistas, que engordaron como os cuervos en la epidemia y la calamidad.

Contando solamente los resultados de la victoria, es decir, la circunstancia más favorable, no serán, por cierto, las masas balcánicas sacrificadas por la guerra, quienes resulten poseedoras del territorio conquistado sobre la ruina y la sangre de las masas turcas, tan miserables como ellas; sino los banqueros y los políticos de Sofía, de Belgrado y de Atenas, que se estuvieron por allá muy seguros y orondos; los amos, que lo mismo especulan con la sangre del compatriota y con la del enemigo, porque el capital no tiene patria como cualquier anarquista, y el interés sube o baja como el termómetro, que marca con la misma indiferencia el calor de un perro rabioso o la fiebre de un hijo amado.

Ahora bien, esta caracterización tan precisa de la guerra moderna, así desprovista de todo mérito falaz, constituye una lección sumamente provechosa para los pueblos del Nuevo Mundo cuya debilidad y cuya riqueza pueden constituir a cada momento un incentivo de pillaje. No es prensa ni libros lo que falta para estimular al respecto la opinión europea.

La guerra balcánica nos demuestra que las grandes potencias no quieren o no pue-

den pelear, pero que, en cambio, comercian a gusto con las peleas de los débiles. Fomentarlas, va constituyendo y constituirá cada vez más una política, por dos razones principales: la primera, es que ello facilita el suministro de presas por cuenta ajena, eliminando todo motivo de querrela entre los grandes cómplices, así aliviados del engorro de conquistar, y autorizando las intervenciones en las cuales el equilibrio famoso, o sea las distintas posiciones de las fieras con relación a la presa, determina su trinchadura proporcional. Así, los lobos resultan cazando a beneficio del león, que se presenta una vez cobrada la pieza, y la capta por derecho leonino: "quia nominor leo". Las potencias acaban de hacer el experimento con bastante resultado. Ya se entenderán para perfeccionar un sistema tan encuadrado en los métodos financieros y militaristas. La paz armada no mantiene el equilibrio europeo, sino por medio de guerras de conquista en los otros continentes, según debía suceder, desde que ella es, no obstante su denominación paradójica, un estado de guerra. Ayer fueron Marruecos y Libia. Mañana puede ser la Mongolia, Pasado mañana, cuando el reparto de Asia

y de Africa, que ya toca a su término, haya concluido, los publicistas alemanes, que son, naturalmente, los más avisados en la materia, cuentan con la América del Sur para continuar el sistema. Las leyendas calumniosas y absurdas, que desde el texto escolar hasta el libelo tendencioso extravían la opinión, presentándonos como tribus despreciables, grandemente necesitadas de civilización a fusil, inspíranse en esas previsiones. Por esto, nunca se encuentra prensa para rectificarlas. El odio europeo a los Estados Unidos, depende en gran parte de que ven allá un rival en mejor situación para la conquista. En vano la poderosa nación, honra y gloria de la libertad en nuestro continente, ha demostrado lo contrario, con ejemplos como el de Cuba que ningún país europeo es capaz de concebir. Nadie oye la voz de sus pensadores y de sus estadistas, ciertamente convencidos de que la custodia del derecho y de la democracia en el Nuevo Mundo, es un deber americano. Sólo se escucha el escándalo de la prensa patrioter, los desplantes de tal cual político efectista, porque casan bien con el concepto europeo en cuya virtud la justicia es un bien particular de cada nación, un pri-

vilegio de sus ciudadanos y no aquella grande aspiración humana que todo hombre civilizado tiene el deber, entiéndase bien, el deber de respetar en cualquier otro hombre.

Y ello porque, moralmente, que es decir también, esencialmente hablando, en eso consiste la civilización. Pero este bien sólo pueden tenerlo, muy precario, los países subordinados al negocio de la guerra.

Negocio dije, y no retiro la palabra, que va a expresarnos el segundo motivo de la política comentada: el fomento de la guerra efectuado por las potencias sobre los pueblos más débiles.

Efectivamente el militarismo de la paz armada, ha servido, ante todo, para crear y sostener el negocio oficial de los armamentos: el único lícito y confesable, porque está escudado con el interés de la patria. De otro lado, el ejército fué siempre un instrumento de conquista cuya paralización resulta cara y peligrosa, hasta volverse un día insoportable, engendrando la reacción antimilitarista.

Hay que inventar, entonces, clientes para las fábricas de armas, y conflictos para satisfacer la existencia absorbente de la ins-

titución; con más, que, siendo la moral militarista, lo contrario, precisamente, de la justicia y de la razón, el excesivo poderío militar, induce fuertemente a violarlas. De aquí que la paz armada haya sido el semillero de las guerras coloniales y del correaje de armamentos, cuyas consecuencias, para desgracia nuestra, conocemos demasiado. Ya está ahí la crisis, que en medio de la mayor prosperidad, anunciamos como una consecuencia inevitable los opositores a esa medida, entre la rechifla de los badulaques asegurados por un congreso impúdico y servil, y la ojeriza de los negociantes descubiertos.

La lección consiste, pues, en no imitar el sistema que arruina y degrada estas naciones, inventando conflictos para jugar al Bismarck, porque con estas cosas no se juega; y si se presenta algún caso de conflicto, salirle al frente con resuelta altivez, con inexorable decisión, porque los pesimistas del derecho, sólo conciben en su escepticismo feroz, el respeto de la voluntad enérgica.

Aprovechemos la impotencia en que han colocado a las grandes fieras sus propias ambiciones, para robustecernos en el dere-

cho y en la verdadera paz que suprime los ejércitos. Sólo con arreglar todos nuestros asuntos internacionales en justicia y en razón, como es perfectamente posible, si sabemos impedir que el capitalismo nos invente problemas para negociar, iremos educándonos en la civilización de la libertad, cuyo éxito progresivo se impone a la civilización de la obediencia.

Porque esa ineptitud de los poderosos, es también un resultado de la civilización. La guerra va dejando de ser un negocio seguro, por la enormidad que cuesta al civilizarse ella también; y la conciencia de los pueblos, si bien perturbada todavía por el atavismo tantas veces secular, va desconfiando progresivamente de los amos. La facilidad de las comunicaciones intelectuales y físicas destruye aquellos misterios diplomáticos que eran fuente de alarmas engañosas, y con ello de autorización para todo abuso; pues la ignorancia y el temor, son los agentes específicos de la servidumbre. Obligados a enseñar su juego, los políticos han pasado de la hipocresía patriótica, con sus glorias y sus honores, al insolente cinismo del negocio brutal, que es verdaderamente la guerra. Para apoyar semejante

actitud, cuentan todavía con los ejércitos-máquinas. El progreso, que ha develado la hipocresía de los políticos, suprimirá también al soldado maquinal; que, al fin, todo consiste en desvanecer errores. Hemos visto en el último siglo trascurrido, en los últimos treinta años todavía, cosas más extraordinarias que la transformación de los ejércitos. Esta misma institución, obligada por el progreso de la ciencia, que ha aumentado el poder de sus ingenios destructores, cuenta cada vez menos con el soldado-máquina. Obligada a dispersar sus masas, fomenta la individualidad conciente del soldado. La experiencia dará un resultado fatal para el mismo ejército. Dueño de su táctica, el soldado querrá ser también dueño de sus armas y de su vida...

La guerra no conviene ya para apoderarse de territorios pequeños o ingratos. Esto sería un mal negocio. Pero los territorios extensos y aptos son los más y mejor poblados, lo cual quiere decir que son también los más difíciles de conquistar.

Entonces las fieras se volverán unas contra otras. A eso van, inexorablemente, inducidas por la lógica del dogma de obediencia que consagra el imperio de la fuerza

sobre la justicia y la razón. Al mismo Dios de los cristianos, que son sectarios de ese dogma, no le bastó tener por suyas la justicia y la razón supremas, inherentes a la divinidad. Necesitó ratificarlas materialmente con sangre, presentarlas como fruto de la muerte y del dolor, formulando, así, la paradoja siniestra en cuya virtud hemos tenido dos mil años de guerra para asegurar la paz...

La guerra odiosa, siniestra, inicua, despojada ya de toda su antigua hojarasca gloriosa, reducida al negocio más brutal, desengañará por fin a los pueblos. Ojalá esa crisis formidable nos encuentre bien preparados para ser, conforme a un destino que parece evidente, el mundo feliz de la civilización futura. Como sus congéneres anacrónicos del bosque antiguo, las fieras actuales sucumben por exceso de magnitud y de poder, puesto que así suscitan en la naturaleza las reacciones necesarias al sostén de la armonía vital.

De este modo nuestra juventud resume las esperanzas del mundo para cuyo bien debemos conservarlas incólumes. Aquellas tierras de la esperanza, donde la feroz Europa medioeval presintió el Paraíso, que

definitivamente no estaba en la desolada Jerusalén de sus quimeras, realizarán ese ideal, albergando bajo una serenidad de vida dichosa, de paz amable, a la libertad y a la justicia; mientras el dogma de obediencia desaparecerá maldito, sobre ruinas talvez irreparables, después de haber cometido su último crimen en nombre de Dios, de la patria y de la ley.

Leopoldo Lugones

(De *La Nación* de Buenos Aires).

ELEGÍAS

SALMO DE AMOR

Dios te bendiga, amor, porque eres bella!
Dios te bendiga, amor, porque eres mía!
Dios te bendiga, amor, cuando te miro!
Dios te bendiga, amor, cuando me miras!

Dios te bendiga si me guardas fe:
si no me guardas fe, Dios te bendiga!
Hoy que me haces vivir, bendita seas:
cuando me hagas morir, seas bendita!

Bendiga Dios tus pasos hacia el bien:
tus pasos hacia el mal, Dios los bendiga!
Bendiciones a ti cuando me acoges:
bendiciones a ti cuando me esquivas!

Bendígate la luz de la mañana
que al despertarte hiere tus pupilas:
bendígate la sombra de la noche,
que en su regazo te hallará dormida!

Abra los ojos para bendecirte,
antes de sucumbir, el que agoniza!
Si al herir te bendice el asesino,
que por su bendición Dios le bendiga!

Bendígate el humilde a quien socurras!
Bendígate, al nombrarte, tus amigas!
Bendígate los siervos de tu casa!
Los complacidos deudos te bendigan!

Te dé la tierra bendición en flores,
y el tiempo en copia de apacibles días,
y el mar se aquiete para bendecirte,
y el dolor se eche atrás y te bendiga!

Vuelva a tocar con el nevado lirio
Gabriel tu frente, y la declare ungida!
Dé el cielo a tu piedad don de milagro
y sauen los enfermos a tu vista!

Oh querida mujer!... Hoy, que me adoras,
todo de bendiciones es el día!
Yo te bendigo, y quiero que conmigo
Dios y el cielo y la tierra te bendigan!

LOS BRAZOS

Los brazos de la Amada
son una doble senda perfumada.

Toda idea en la mente concebida
baja por ellos a ordenar la vida.
Si la mente a ocuparlos no es bastante,
por ser premiosa o por estar distante,
el corazón, que está a medio camino,
corre por atabas sendas peregrino.

REGRESO

Lento era el caminar, larga la ruta,
porque al final tus brazos me esperaban
y el mirar infinito de tus ojos.

Lento era el caminar, larga la ruta,
porque llevaba en mis cansados hombros
la gran fatiga de agitarme, en medio
de una callada soledad: mis labios
consumidos de sed, mis brazos faltos
de amores que oprimir, mis pobres ojos
como aves perseguidas, requiriendo
el yacimiento familiar del nido.

Hervía, el cielo, de una luz serena,
sin miedo de agotarla. Uno tras otro,
como bandada de chicuelos, prontos
a comenzar vertiginosa danza,
iba dejando atrás los no olvidados
árboles del camino; recontaba
las casas que pasaban, y las verdes
matas de los arbustos, y las rocas
coronadas de sol! Y, en medio de ellos,
solo con ellos y perdido en ellos,
lento era el caminar, larga la ruta!

¡Salve, caminos por los que ella pasa!
¡Salve, visión de su morada, dulce
como fruto reciente suspendido
en lo interior del árbol amoroso!

¡Salud a todos, y cariño a todos,
y a todos bendición! De entre vosotros
veo caer sobre mi pobre frente
miradas de piedad; sobre vosotros
flotan deseos dados a los aires
en busca de mi espíritu... Buen mundo,
buen movimiento de árboles, buen ruido
de insectos y de pájaros y abejas:
¡bendición al amor que mueve a todos!

¡Bendición!... y quedad entre vosotros
bien avenidos, luminosos, llenos
de este blando acoger a los cariños
que os hace generosos! ¡Bendiciones!
que hasta su casa blanca, y hasta hallarla
gozosa con mi vista, como tierra
que se estremece cuando nace el sol,
es lento el caminar, larga la ruta!

Vendrá en mi busca con los ojos llenos
de intensa caridad, con los dos brazos,
ansiosos de acogerme y la cabeza
doblándose en mis hombros como rosa
que requiere lo fresco de los musgos;
y hasta abismarme en medio de su espíritu,
y extenderme por él y hacerlo mío,
y volver a tu seno, madre Tierra,
y temblar en la luz constantemente
como una niebla o como llama y música,
es lento el caminar, larga la ruta!

GRECIA REVIVE

Páguete el cielo, ¡oh cándida escogida!
tanta pureza y tanta libertad:
hoy vi cómo en tu sien resplandecía
toda la gracia de la antigua edad.

Hoy me han dado alegría
tanta pureza y tanta libertad:
en el rincón aquel, amada mía,
has hecho revivir la antigua edad.

El mar, bajo las rocas se escondía,
y la sombra caía sobre el mar;
el agua estaba quieta, amada mía:
las piedras blancas del fondo
se veían brillar.

Un oculto deseo te encendía,
un ansia te venía a acariciar:
te has vuelto a contemplarme, amada mía,
toda gloriosa de entregarte al mar.

Te has vuelto a contemplarme, amada mía:
no te puedo decir que has hecho mal:
el ansia que en tus ojos se encendía,
temerosa de mí, se ha vuelto atrás.

Se han recogido dentro, amada mía,
tanta pureza y tanta libertad;

se ha hecho un eco la música que oías,
tu arrogancia se ha puesto a meditar.

Aquel ansia del mar, que te encendía,
se ha trocado en graciosa veleidad:
desnudando tus pies, amada mía,
te has dado a medias en ofrenda al mar.

Tanta gracia en el sitio no cabía:
vencido yo, me puse a contemplar:
he probado a cantarla y no sabría:
dejo al recuerdo en tu interior cantar.

EL AGUA SUEÑA

—¡Aquí!— decías con los ojos llenos
de una alegría luminosa.

El sitio

se te hacía amistoso en torno tuyo.
Se amontonaban desde el mar las rocas,
metiéndose en la tierra para hacerse
blandas, de musgo, a nuestros pics.

La fuente

salpicaba allí cerca, entre unas piedras;
y, buscando los huecos del terreno,
saltando de uno en otro, iba el arroyo
a perderse en el mar.

Rocas y arbustos

y compasivos árboles hacían
recogido el lugar donde las aguas
se daban a la luz; y, torpemente,

hombres de ingenio rústico le habían
dado un buen aire religioso, haciendo
sobre el cáliz de rocas un sagrario
de piedras blancas, que arruinaba el tiempo.
Un ruido de aguas temeroso y manso
pasaba a flor de tierra, estremeciendo
las fibras verde-claro de los musgos.

Y tú:—Escuchemos bien, miremos bien...
Se diría que toda esta hermosura
de arbustos, rocas y crecer de hierba
es como un sueño perennal del agua.
Ella, tranquila y solitaria, brota
de aquella oscuridad, y va diciendo
todas estas bellezas que nos cercan...
Calla, escuchemos bien, miremos bien...

—Estábamos sentados, y tu frente
descansaba en mis hombros.

Y un instante
fuimos también nosotros los esclavos
de aquel encanto singular del sitio;
y tú y yo y nuestro amor, todos entramos
en el gran sueño perennal del agua.

OFERTORIO

De mis cantos de ayer en donde había
tan poco ver, con tanto desear,
te hago presente, Inspiradora mía:
séame, el gesto, amable al aceptar!

Ni desecho el peor ni el bueno escojo:
por temerosos todos juntos van:
de tu pasión al fuego los arrojo
y allí las fealdades soltarán.

Tú, que hecha estás a descubrir lo eterno
poniéndolo a seguro en tu belleza,
si ves en la hojarasca un tallo tierno
apártalo y adorna tu cabeza.

*

De mis canciones de hoy, que a su armonía
reducen con el ver el desear,
te hago presente, Enamorada mía:
séame, el gesto, amante al aceptar!

Bien sabes que eres tú lo mejor de ellas
y al dártelas te doy lo recibido:
peñasco soy que con tu planta huellas
dejándolo de flores florecido.

Lo que ayer fué discordia y fué rudeza
en lo desnudo de la lira mía,
hoy ha entrado a compás en tu belleza
y tiene movimientos de armonía.

Ya solamente atiendo a concordar
con la cosa cantada las canciones,
y mi trabajo sólo es ajustar,
a lo que pongo yo, lo que tú pones.

Si me hago humilde y mis cantares son
comento sólo de tu augusta hechura,

te haces tú humilde y tomas la canción
por custodia cabal de tu hermosura.

Y ambos, en la mansión de los humanos,
damos a la Belleza monumento:
tú por echarla viva de tus manos,
yo por hacerla andar en mi comento.

*

De todas mis canciones de mañana
donde supere el ver al desear
te hago presente, dulce Soberana:
enardézcame, el gesto, al aceptar!

Ellas aun son lo más hermoso mío
y más ardentemente te lo entrego:
como fué, mi correr, correr de río,
todo me veo turbio cuando llego.

Pero se aquietarán las aguas locas
y se harán con el aire musicales:
pisa tú, entonces, las primeras rocas,
y mírate, sin miedo, en mis raudales!

Y, si te viene sed, viéndolos míos,
moja la mano blanca como nieve...
Yo te diré que hay aguas de unos ríos
que dan eternidad al que las bebe!

Eduardo Marquina

(Del volumen *Elegías*)

HOMBRES Y PÁJAROS

AL amor de la mañana, o cuando comienza la tarde, he aquí lo que suele verse en los jardines de París, especialmente en las Tullerías y en el Luxemburgo. Mientras al amparo de las alamedas saltan los niños o juegan con sus aros, y las nodrizas cuidan sus bebés, y en los bancos hay lectores de diarios, y más allá jugadores de «foot ball», y paseantes que flirtean, o estudiantes que estudian, o pintores que cazan paisajes, y en las anchas filas de las fuentes, al ruido del chorro de agua, minúsculos marinos echan sus barquitos de velas blancas y rojas, unas cuantas personas cumplen con una obligación sentimental y graciosa que se han impuesto: dar de comer a los pajaritos. Generalmente, los únicos que aprovechan son los gorriones, los ágiles y libres gorriones de París. Hay también las palomas, pero las palomas no son las que más gozan de la prebenda. Pa-

recen estar fuera de su centro, de lugares en donde reinan solas, sin competencia ni reparto: la plaza de San Marcos de Venecia, o las cercanías del palacio Pitti, en Florencia. Aquí, pues, son los gorriones, pequeños e interesantes vagabundos, opuestos a la vida normal, de las abejas, por ejemplo, y que esperan por estudioso biógrafo un Maeterlinck alegre.

No lejos del arco del Carrousel, en que la Guerra y la Ley están representadas, un grupo de gente de diversas condiciones y edades forma valla, mira en silencio. Un hombre de aspecto tranquilo y serio, cerca del césped, sobre el que salta y vuela una inmensa bandada de gorriones, saca de su bolsillo un pan y lo desmenuza. Luego, comienza a llamar: ¡Juliette!... Y una fina gorrioncita se desprende de la bandada chilladora y saltante, y se va a colocar en la cabeza, en los hombros, en la mano del hombre. «Louise, Jean, Friederic, Mimí, Toto, Mussette».

Los pájaros libres del jardín, que entienden por sus nombres respectivos, van todos a la voz que les llama. Y es un revoloteo incesante alrededor del amigo que regala, y una fiesta a que, por otra parte, están

completamente acostumbrados. Unos cazan la miga al vuelo, otros la toman en la mano, otros la recogen del suelo.

El hombre les habla, les acaricia, les regaña. «*Prends garde, gourmand*». «Ten cuidado, glotón». «No seas atrevido, Robert». «Señorita, así no se come...». «Insolentes, ahora vais a ver». Les trata con naturalidad, con amistad, con confianza, con familiaridad. Todos ellos le conocen, y él conoce a todos ellos, a pesar de tener todos igual uniforme, y de no haber nada más semejante a un gorrión que otro gorrión, coma una gota de agua a otra gota de agua. Y se ve que ese personaje, cuyo nombre todos ignoran, tiene verdadero amor por sus pajaritos, y que no falta un solo día, desde hace muchos años, a cumplir con su amable tarea, de manera que, si faltase una sola vez, habría verdadera alarma entre el mundo alado que puebla los ramajes de las Tullerías, y que si llegase a faltar para siempre, los pobres animales estarían de duelo, a menos que su alma en libertad fuese visible para ellos en la transparencia de los aires.

Mas, en verdad, una vez se ausentó, enfermo de la vista, y hubo duelo entre los pájaros, y gozo a su retorno.

En el jardín del Luxemburgo, cerca del palacio, al lado de las galerías del Odeón, muchas veces he encontrado a diferentes personas que dan de comer a los pajaritos; pero, sobre todo: no dejo nunca de ver a un viejecito, de aspecto venerable, de ropas modestas, que lleva en su solapa la cinta de la Legión de Honor. ¿Qué sabio, qué poeta será? ¿O qué filósofo anciano que venga con un espíritu semejante al de su antepasado Descartes a admirar la mano de Dios, y a «conocer y glorificar al obrero por la inspección de sus obras?» Otras veces, es un caballero enorme que se sienta en los bancos para llenar su obligación, varón de gordura extraordinaria, que tiene una cabeza de niño gigantesco. Los pájaros se le posan sobre el extensísimo pecho, sobre los hombros de elefante, le revuelan por el magnífico vientre, y en ramilletes temblorosos se le prenden de las manos regordetas, llenas de bizcochos. No puedo dejar de pensar: bueno como todos los gordos. Cerca de él, una viejecita de luto, con un niño, reparte también su ración. A veces conversa con los pájaros, a veces con el niño; a ambos les habla con el mismo tono. Los animales conocen a todos, pero con el

anciano de la Legión de Honor hay mayores relaciones. Le siguen, cuando les deja, a saltitos; se diría que le hablan en su idioma; se le sientan en el veterano sombrero de copa; le llaman de lejos. Él se vuelve; les sonrío; parece que se despide hasta el día siguiente.

Y nada es más suavemente impresionante, en la frescura de la mañana o en la melancolía de la tarde. Acaba uno de leer los diarios, de ver la obra del mal, del odio, la lucha de las pasiones, el hervor de los vicios. Larga lista de crímenes, de escándalos, de injusticias. Los asesinatos, las infamias, las intrigas, todo el endemoniado producto de una inmensa ciudad de tres millones de habitantes. Va uno por los bulevares, y ve pintado en la mayor parte de los rostros con que se encuentra, la codicia, la ferocidad, la vanidad y la lujuria; habla uno con prójimos, con conocidos, llenos de hieles, de ponzoñas, de vitriolos; encuentra uno más allá astucias, intrigas, rebajamientos, prostituciones; la caza al *sou*, la caza al franco, la caza al luis, al billete, al cheque; los aires de neurosis que soplan sobre las terrazas; los asesinos elegantes; los espada-chines cobardes; los ambiciosos; los *ratés*;

la vergüenza de abajo; los crímenes de arriba: Sodoma por una parte y Lesbos por otra; lo artificial entronizado; las podredumbres cotidianas; la farsa continua; la negación de Dios. Y hay aquí estas gentes que vienen a dar de comer a los pajaritos...

Sí, porque París tiene un vasto cuerpo; es un vasto cuerpo como el cielo de Swedenborg, o el universo de Campanella. Tiene un organismo propio, semejante a los astros de Bruno, *animali intellectuati*: tiene una cabeza, unos brazos, un corazón, un vientre y un sexo; tiene sus grandes pensamientos, sus grandes sentimientos; y sus buenas y malas acciones, y sus bellos gestos, y la banda gris del Sena que refleja los diamantes celestes.

Por el barrio en que habité está el cerebro, está la cabeza. Por algo, en el *argot* parisiense, *sorbonne* quiere decir cabeza. Allí está el órgano pensante. la juventud de las escuelas, las grises piedras que vieron pasar a Abelardo, el hogar de la enseñanza. Unos cuantos meditativos viejos, en sus encierros silenciosos, compulsan los conocimientos del pasado, trabajan en la ciencia del presente, piensan en el porvenir; un ejército de jóvenes se prepara a la

obra de los maestros. Es el Colegio de Francia, es el Instituto, la Escuela de medicina, todas las escuelas y laboratorios y talleres en donde se forman y se desarrollan los sabios, y aprenden a concretar sus sueños los artistas. Es el Panteón, son los museos.

Las cátedras de ese centro están en actividad. Profesores y alumnos siguen por el camino comenzado desde hace siglos. Aquí se escucha el ruido de la humanidad, se busca cómo penetrar el misterio de las cosas, cómo mejorar la existencia; la filosofía investiga, induce, deduce; la ciencia experimenta, analiza; se labora por el mejoramiento social, por el perfeccionamiento individual. De las cátedras se extiende un continuo río de ideas, de que benefician la industria, el comercio, la salud. Y los ojos de París están también allí, en el Observatorio, escudriñando la altura, fijos en los astros.

A un lado y otro se extienden los brazos. Es el París que trabaja, las extremidades llenas de fábricas, cuajadas de usinas, de telares, de chimeneas. Por allí, constantemente, bullen las muchedumbres de obreros que forman la vitalidad productora: los

obreros que saben leer y **luchar**, los trabajadores que salen de sus labores, y van a las universidades populares a comunicar con sus hermanos intelectuales, ya en el faubourg Saint-Antoine, ya en Motreuil-sous-Bois, en Grenelle, o en Boulogne-Billancourt, de un punto a otro, de Asnières a Charenton, de Vincennes a Puteaux, a Levallois, a Courbevoie. Pues los brazos de París manejan alternativamente herramientas y libros, antorchas e ideas. Son brazos robustos e inteligentes, y también terribles.

El inmenso vientre y el sexo están en el centro, en ese trecho en que los grandes bulevares juntan todos los apetitos, deseos y vicios nacionales y extranjeros, desde la Magdalena hasta la plaza de la República y los alrededores de la Opera. Allí se come bien y se peca mejor. La riqueza y el lujo hacen su exhibición; la gula encuentra cien dorados refugios en que saciar sus más exquisitos caprichos, y el amor fácil halla el suntuoso y babilónico prostíbulo ambulante que ha dado a esta capital, digna de superior renombre, el de ser el lugar de cita y el casino de las naciones.

Y el corazón de París late por todas partes, y riega su sangre por todo el resto del

magnífico cuerpo. Ese corazón anima a las individualidades silenciosas y discretas que hacen el bien callado a los hospicios y lugares de asilo, a los conventos en que sin engaño se reza y se sostiene, como dice Huysmans el de la Oblación, el pararrayo. Cuando ese corazón quiere hablar se llama *Severine*, como se llamaba Luisa Michel. Él hace ir sin pompa a las viejas caritativas a llevar pan y carbón a sus pobres, él sostiene a las infinitas muchachas honestas que, viviendo con el lupanar a la vista, prefieren ir a la fábrica, para dar de comer a la madre inválida o al hermanito enfermo; él se revela, por fin, en los que se ahogan por salvar suicidas, en el médico que va a ver al infeliz y le deja con la receta el dinero para pagarla, en las nobles cooperativas, y hasta en el cochero viejo que se mata porque se le murió el caballo, que era su antiguo compañero. ¡El buen París! ¿Quién dice que tan solamente hay aquí muñequitas de carne, y hombres con profesión de pez? Que vengan a ver los talleres llenos, las iglesias, las universidades populares, y... a los hombres que dan de comer a los pajaritos.

No hay que reir mucho de Margot si llo-

ra por el melodrama, y si vieja solterona se enamora de sus gatos. No hay que buscar el lado cómico de las sociedades protectoras de animales. No debe ser ridiculizado ningún sentimiento de origen noble. Y el cariño hacia la naturaleza—paisajes, animales, flores o aguas—y las simpatías por las manifestaciones amables de ella, proclamarán siempre su origen generoso. Sin anonadar nuestra personalidad humana en la ataraxia de Zenón o la apatía epicúrea, tengamos la pasión del universo, la tendencia a nuestra unidad. Así como nada conforta tanto como la presencia de los bosques o la contemplación del océano, nada suaviza más las asperezas del espíritu que la visión de una rosa en su tallo, o un pájaro sin trabas ni jaula, que salta y vuela por donde quiera, y canta sin inquietudes bajo el cielo. Quizás la luminosa alegría que nada podrá destruir en el alma de esta Galia feliz, viene de su simbólica alondra, maestra de libertad, amante de claridad, ebria de frescor y de canto matutino. Tengamos el amor de las rosas y de los pájaros, de las mariposas, de las abejas. Es un medio de comunicación con lo Universal, con la divinidad. Maeterlinck, en el libro admirable

que conocéis, ha oído la iniciada voz de Virgilio:

*Esse apibus partem divine mentis et haustus
aetherios dixere: deum namque ire per omnis
terrasque, tractusque maris, caelumque profundum.*¹

Nada más conmovedor que la petición que, hace algún tiempo, dirigieron al Congreso belga los miembros de un instituto de ciegos.

Sabido es que en muchas partes a los pájaros cantores, para que canten mejor, les sacan los ojos, sin duda acordándose del divino Melesígenes, que tan bien supo ser armonioso sin los suyos.

En Bélgica hacen lo mismo; y esos ciegos del instituto han intercedido por los ojos de los pajaritos.

Yo sé que hay gentes que sonrían de todas esas cosas, que hallan todo sentimentalismo fuera de moda, y que juzgan nefelibatas a los que no se levantan todos los días con el único propósito de aumentar sus rentas, por la buena o por la mala. Yo sé

¹ Han creído algunos que hay en las abejas como un reflejo de la divina mente y un espíritu celestial; por cuanto está difundido Dios por todas partes, en la tierra, en los espacios del mar y en el inmenso cielo. (*Trad. de Ochoa.*)

que hay muchas gentes que retorcerían con gusto el pescuezo a todos los cisnes del Caistro, y enviarían una buena perdigonada a los ruiseñores de las melodiosas florestas. Yo sé que en filosofía priva mucho actualmente la ferocidad, el egoísmo, la crueldad. Pero esos son nietzschistas furiosos y danzantes, ante los cuales iría yo a dar un abrazo al hombre que da de comer a los pajaritos...

Rubén Darío

(De *Mundial Magazine*)

HAY QUE ENAMORARLA

EN esta región irrigada de Río Negro y Neuquén, es asunto muy actual eso de «hacer una chacra». De Bahía Blanca para acá no hay casi diálogo de viajeros que no se apoye en esa frase.

Todos la dicen. No solamente el agricultor profesional—que en lo suyo estaría—sino el estanciero, el médico, el comerciante, el periodista, el abogado: todos.

Cuando todos se atreven a la frasecita ¿es en realidad cosa hacedera, o hay mucho trecho de tal dicho a tal hecho? De ésta, como de las demás empresas de la vida, se puede asegurar que imposible no lo es; antes bien es fácil, pero es de difícil facilidad.

Ni basta ser latifundista y acaudalado para hacer chacra. Además de la tierra y el dinero son indispensables otros elementos, de esos que deciden del triunfo en otra clase de conquistas.

Más que leguas de tierra y caudales en

los bancos, el éxito de la agricultura intensiva exige vocación, y ésta exige voluntad, y ésta una viva pasión que la sostenga. Los agrónomos no han explicado todavía esa fuerza misteriosa que, al trasfundirse con la tierra, produce las maravillas del cultivo intensivo.

En ninguna obra de agronomía se menciona a una tierra enamorada. Se habla de tierra virgen, de tierra estéril, de tierra rica, de tierra fecunda; pero no de tierra enamorada.

Y así como no se hace hogar feliz con mujer vendida, ni indiferente, ni desamorado, así nadie hará chacra intensa sin amar y ser amado por la tierra que cultiva.

Lección inolvidable la recibida días pasados de un humilde labrador español, de esos chapados a la antigua, de esos trasplantados directamente al desierto patagónico desde una de las célebres huertas centenarias en cuyos mostos tal vez un tiempo se regostara el Myo Cid.

Decíale ser excesiva su porfía en peinar con el rastrillo una melga ya aparentemente aderezada para regarle la semilla. Y el labriego, tirando a un lado el hierro e hincándose para mejor acariciar el surco con la mano, repuso grave y convencido:

—No seño... La tierra no se deja engañá... Todo esto le hace gozo.

He ahí la clave del misterio. Si la tierra goza, su sensibilidad y hasta su corazoncito ha de tener. Entonces no es la cosa muerta y sucia que tan imbécilmente despreciamos y que con tanto desdén nos sacudimos del traje.

Entonces es un ser vivo, es una persona quieta y resignada, con criterio suficiente para saber a quién ha de entregarse.

Caricia, gozo, amor, fecundidad y vida: suya es esa prodigiosa asociación de vocablos que constituyen una escala ascensional y melódica de triunfo.

Porque si la tierra siente el gozo, el amor también lo ha de sentir; pero no así de buenas a primeras, ya que dado el poquito de crueldad de su sexo, previos a su rendimiento generoso, exige el empeño tesonero y el paciente anhelo de compenetración y sacrificio.

Desde lejos, desde el convencional confort de las ciudades, enviando intermediarios y girando billetes, no se opera la misteriosa trasfusión indispensable entre el propietario y la chacra. Así, a la distancia, bien puede tenerse convicción de propiedad

civil, pero no emoción de propietario, de esa emoción que infunde sensibilidades magnéticas en la reja del arado y que tal vez personifica al árbol y hasta espiritualiza a la semilla.

¡Qué ha de disponerse la tierra en sus alcobas misteriosas a las palpitaciones de la fecundidad, si a ella no la engañan, ni en su aparente estupidez se le ignora que su dueño anda por allá en diversiones y profanidades frívolas desacordándose de acompañarla en sus angustias de gravidez y sus insomnios de madre!

En agricultura intensiva se debe reevaluar el oculto significado de la maldición paradisíaca, entendiéndose que todavía está en vigor y no es simple figura retórica eso del sudor de la frente y esotro atañadero al sexo de la tierra.

Lléganse por acá algunos chacareros con la falsa ilusión de que, siendo estas tierras vírgenes y ricas, se las puede cultivar en volandas, sin el esmero y detenimiento que se consagra a las esquilmadas de Europa.

Tal error, aparejado al prejuicio de la gran extensión, ocasiona fracasos y desengaños.

Con la sabiduría del labriego de marras, y aun siendo un porra en ciencias agronó-

micas, se pueden explicar esos fracasos. Mientras más vírgenes y jovencitas y ricas sean las tierras, más difícil ha de ser darles gozo y conquistarlas, y más exclusivistas y celosas con su dueño

En esta región de riego va siendo opinión muy valedera la de que una chacra de más de cien hectáreas es demasiada tierra para un hombre, siquiera sea éste acaudalado y diligente.

Y es porque una chacra de cincuenta a cien hectáreas, si a la multicultura moderna se dedica, requiere más trabajo y tiempo que una estancia ganadera; y aunque no dé ocasión a la vanidad de hablar de leguas, quizá conduce por senda más corta y segura a la riqueza.

¿Ni cómo será cabal la posesión ferviente, si en la extensión ha de dispersarse la energía?

Tiempo llegará en que la agricultura tome en cuenta el formidable poder de la mirada como elemento fecundante, pues no hay razón para que ésta no lleve al seno de la tierra flúidos más nobles y prolíficos que los dorados del sol.

No sino en una pequeña heredad es posible repartir esa insistente mirada cariñosa

que, proyectada sobre el espejo sin fondo de la contemplación, recibe de reflejo las lejanas visiones de la vida.

¿Quién nos aseguraría que el más inadvertido terrón no nos reserva la dulzura de una fruta o el aroma de una flor?

Cuando paseamos distraídos por la chacra, quizá en el palmo de tierra que pisamos duerme latente un poco de nuestra carne venidera, o palpita en sueño larval uno de nuestros futuros pensamientos, o quizá repose el grano de energía que falta a la voluntad para definir nuestro destino.

Hay quienes acusan un falso concepto de la vida al temer la soledad del campo: el que no sepa acompañarse de las múltiples presencias, si no visibles, por lo menos palpitanes de una chacra, revela sordera y ceguera para percibir las más eternas relaciones de armonía.

Si por obra del excesivo silencio de la noche, despierta nuestra ánima medio aturdida de desolación, nada más fácil que abrir sobre el amanecer el postigo de la ventana campestre y darnos la deslumbrante sorpresa de que la luz existe, y encontrarnos con que el buen sol ha venido a visitarnos, y, cordial amigo de confianza, anda

por ahí interesándose por los miles de existencias humildes que dependen de la nuestra.

Y si bajo el claroscuro de la noche, lentamente tornamos a casa, ahí va acompañándonos paso a paso nuestra sombra; ahí va deslizándose su silueta de ceniza sobre las flores campesinas, como aconsejándonos perder el miedo a las irrevocables inherencias de nuestra alma con las oscuridades de la tierra.

Lo que tanto ennoblece al hombre en el personal ejercicio de las labores campestres es la independencia que le asegura y la especie de soberanía que le trasmite, no sólo para afrontar los menesteres de la vida ordinaria, sino para serenar el ánimo ante el medroso problema de ultratumba.

La observación familiar y vehemente de las intimidades de la tierra desvanece el prejuicio de que es sucia y de que su seno es pavoroso.

¡No es posible!

Misericordiosa ha de ser con nuestra carne, como lo es con el grano de semilla, al trasformarlo en el débil retoño, que luego será tallo empenachado de hojas, que luego fronda cuajada de dulzuras y colores, que luego tronco enseñoreado de los cielos, de

copa perfumada y melodiosa como bóveda de templo.

Amorosa ha de ser como nuestra sangre como lo es con el agua de los riegos al trasmutarla en jugo de racimos, o en ese vaho inconsútil y azulado que se eleva de los surcos para humedecer y disipar los fuegos del crepúsculo en ilusorias evaporaciones de coloridos delirantes.

Cuando ella nos atrae, no es para devorarnos iracunda, sino para oprimirnos contra su seno con afán de reclamo maternal, en presión estrecha y férvida, donde al fin se realiza para todo enamorado el ideal del abrazo fundente y redentor.

No es con odio como nos espera en el hoyo que suponemos lóbrego, fosco y ominoso, sino con anhelo de multiplicar al infinito nuestra sensibilidad molecular, hasta poder darnos en los huesos los inmensos besos del reencuentro, pues luz de besos han de ser esas exhalaciones fosfóricas, esos miosotis palpitantes que entre tumba y tumba ensayan su memoria de titilación astral.

No puede ser temible el seno de la tierra. Todo lo que se le deposita lo transforma, lo endulza, lo embellece, lo eleva.

Por eso será que los agricultores tienen

fama de vivir dignamente y de morir como aquel hermoso viejo:

*«Y dando un leve ronquido
quedóse como dormido
el buen Tomás de Pampliega,
el labrador más querido
de la comarca manchega!»*

Entonces es un hecho que la tierra nos brinda algo más importante que el sustento de la vida: el consuelo de la muerte.

Concentrándole vehemencias, consagrándole ahincos y trasfundiéndole ilusión, es como ella sale de su letargo de cosa inerte, para emparentarse con el abolengo humano y adquirir significado moral. Enmajestada con el tradicional esfuerzo de sus dueños y amantes, adquiere prestigios de linajuda heredad, para dar luego realce y nobleza a sus productos esenciales: que sean vinos, que sangres.

Pero no la tratemos con negligencia; no la dejemos sola; no desistamos ante sus primeras negativas; usemos con ella de menos ciencia y más ensueño.

El mejor consejo para el éxito en su con-

quista no lo da la agronomía: hay que enamorarla.

Y no solamente por lo que a esta vida atañe, sino por lo otro...

Eduardo Talero

«La Zagala» 1913.

LA REHABILITACIÓN DEL TRABAJO

EN nuestra sociedad el trabajo es una maldición. La sociedad, como el Dios del Génesis, castiga con el trabajo ¿a quién? A los pobres, porque el único delito social es la miseria. La miseria se castiga con trabajos forzados. El taller es el presidio. Las máquinas son los instrumentos de tortura de la inquisición democrática.

Hemos envenenado el trabajo. Le hemos hecho temer y odiar. Le hemos convertido en la peor de las lepras.

¿Y pensar que el trabajo será un día felicidad, bendición y orgullo, que quizá lo ha sido en sus orígenes! Mientras escribo estas líneas, mi hijo—de dos años y medio—juega. Juega con tierra y con piedras, imitando a los albañiles; juega a trabajar. La idea de ser útil germina en su tierno cerebro con alegría luminosa. ¿Por qué no trabajan los hombres, alegres y jugando, como trabajan los niños? El trabajo debe ser un divino juego; el trabajo es la caricia que el genio hace a la materia, y si la maternidad de la carne

está llena de dicha, no ha de estarlo también la del espíritu? Y he aquí que hemos prostituido el trabajo; hemos hecho de la naturaleza una hembra de lupanar, servida por el vicio y no por el amor: hemos transformado al obrero en siervo de eunucos y de impotentes.

El trabajo ha de ser la bienaventurada expansión de las fuerzas sobrantes; el resplandor de la juventud. Ha de ser hermano de las flores, del encendido plumaje que ostentan las aves enamoradas; hermano de todos los matices irritados de la primavera. Compañero de la belleza y de la verdad, fruto, como ellas, de la salud humana, del santo júbilo de vivir.

Entretanto, es compañero de la desesperación y de la muerte, carga de los exhaustos, frío y hambre de los desfallecidos, abandono de los desarmados, desprecio de los inocentes, ignominia de los humildes, terror de los condenados a la ignorancia, angustia de los que no pueden más!

Pero lo absurdo no subsiste mucho tiempo. Libertaremos a los pobres de la esclavitud de su trabajo, y a los ricos, de la esclavitud de su ociosidad.

(De *Mirando vivir*).

REFLEXIONES

LA religión católica y todas las demás religiones, se apoyan en un fondo real: el sentimiento de lo infinitamente misterioso. Este fondo es común a la ciencia, y los sabios de verdad son los que descubren, no más certidumbres, sino más misterio. El mejor fruto de la sabiduría es saber medir la profundidad de lo que no se sabe. Hay supersticiones de la ciencia como de la religión, y el libre pensador de café, hermano gemelo del santo de sacristía, está convencido—¡infeliz!—de que el telégrafo Marconi y los aeroplanos ponen en el mayor ridículo a San Pablo, a San Francisco de Asís y a Santa Teresa. Por eso, para el vulgo, que no puede más que pasar de una superstición a otra, el divorcio con el catolicismo es fatal.

*

La existencia de los partidos y su tendencia a ramificarse obedece, en el Para-

guay, lo mismo que en Inglaterra, a que el presupuesto no da para todos. Los que no comen del Estado sienten arder el patriotismo en sus venas, y se lanzan a la lucha. En los países pobres, sin comercio ni industrias, los jóvenes instruídos no tienen más carrera que la política, equivalente a conspiración y matanza, donde los pobladores no están unidos al suelo por las raíces de la riqueza, y donde es fácil arrearles y hacerles aceptar la vida vagabunda y ecuestre de revolucionarios criollos. En los «civilizados», donde la gente funcionaria o aspirante a serlo forma una insignificante minoría frente a los nudos de las vasta y rígida urdimbre económica; en los países donde no manda ya el hierro, sino el oro, la guerra partidista, preñada de iguales odios, se reduce a la locuacidad parlamentaria, lo que sin duda es preferible, aunque menos pintoresco, menos cargado de matiz local.

Rafael Barrett

(Del volumen *Mirando vivir*).